



**Hugo Rodríguez-Alcalá**



## **Juan Rulfo, poeta en verso, o «El poema de Doloritas» en *Pedro Páramo***

En *Pedro Páramo* hay una dualidad de escenarios y otra de temas: a) Comala, de una parte, es el infierno; Comala es, además, el Paraíso; b) La novela es historia de un sentimiento amargo: el rencor del cacique Pedro Páramo; es, además, historia de un sentir agridulce: la nostalgia.

Hace ya varios años que afirmé que Juan Rulfo estableció esa dualidad de escenarios con sumo tino estético a fin de que el lector no fuera repelido por los horrores de una historia de muertos en el paisaje atroz de un pueblo abandonado<sup>268</sup>.

Rulfo, en efecto, hace intervenir la nostalgia, tema entrelazado al del rencor, para suscitar la visión de una región paradisíaca de llanuras verdes, matizadas por el oro del maíz maduro, olorosa de alfalfa, en cuyo seno se alza un pueblo mágico, blanqueando la tierra con su blancura, iluminándola de noche con sus luces, y perfumándola en las madrugadas con el dorado pan de sus trigales.

Hay dos personajes que evocan el Comala anterior al desastre: la madre de Juan Preciado -Doloritas- y Pedro Páramo, marido de ésta. Doloritas hace años que abandonó a Comala y añora el pueblo con profunda nostalgia. Pedro Páramo está enamorado desde su niñez de Susana San Juan. Susana se ha ido hace muchos años de Comala. Pedro Páramo jamás la olvida. Vive, por el contrario, obsesionado por el recuerdo de una primavera paradisíaca, sobre las lomas verdes, bajo el cielo de añil, el aire lleno del azahar de los naranjos y del canto de los pájaros.

La poesía de estas evocaciones ha impresionado a millares y millares de lectores en todas partes del mundo.

¿Habrá muchos que hayan advertido, entre los que leyeron la novela en español, que las saudades del Comala anterior a su —172→ ruina, insertas aquí y allí como suspiros, no son tan sólo trozos de poemas en prosa sino trozos de poemas en verso?

El propósito de este artículo es *descubrir*, con breves comentarios, esta poesía en verso. Mi tarea será pareja a la de quien excava en terrenos sembrados de ruinas, los trozos de estatuas que, una vez reunidos conforme al designio del escultor y libres de lo que los cubría bajo tierra, muestran su perfil armonioso bajo el sol.

No me ocuparé hoy aquí de las nostalgias de Pedro Páramo por Susana San Juan. Me atenderé tan sólo a las saudades de Doloritas, la mujer despreciada del tirano.

\* \* \*

Cuando a Comala llega Juan Preciado, la tristeza del pueblo lo deja estupefacto. Él pensaba encontrar el lugar venturoso de que su madre, entre suspiros, le había hablado tanto.

«-Hubiera querido decirle:» -nos cuenta Juan- «Te equivocaste de domicilio. Me diste una dirección mal dada. Me mandaste... a un pueblo solitario. Buscando a alguien que no existe»<sup>269</sup>.

El pobre Juan no puede dar crédito a sus ojos, pues, como nos dice él mismo -con palabras sencillas y casi enteramente en verso-, él traía a Comala los ojos de su madre:

Traigo los ojos con que ella (9)

miró estas cosas, (5)

porque me dio sus ojos para ver<sup>270</sup>. (11)

En la página 8 -que corresponde a la segunda de la novela- comienza ya el que llamamos aquí «El poema de Doloritas»:

Hay allí

pasando el puerto de Los Colimotes, (11)

la vista muy hermosa (7)

de una llanura verde (7)

algo amarilla por el maíz maduro. (11)

«El poema de Doloritas» fluye intermitentemente entre la prosa de Rulfo -como el río Guadiana- con un esquema métrico —173→ en que se combinan pentasílabos, heptasílabos, eneasílabos, endecasílabos, alejandrinos. Se advierten fluctuaciones. Pero éstas son fluctuaciones nada insólitas<sup>271</sup> en escritores de hoy que deliberadamente escriben en verso.

Es curioso observar que muchos endecasílabos del «Poema» tienen los acentos habituales, pero que hay también otros de acentos menos comunes. Todos los tipos de endecasílabos que emplea Rulfo, por otra parte, han sido empleados por poetas famosos y estudiados por tratadistas como Pedro Henríquez-Ureña y Tomás Navarro.

Pero no perdamos más tiempo en digresiones. Nos espera el saudadoso poema en verso de Doloritas ansioso de ser, como una estatua, *desenterrado* de entre la prosa rulfiana.

Doloritas solía decir a su hijo, antes que éste, Telémaco jalisciense, partiera en busca de su padre:

Desde ese lugar se ve Comala (11)

blanqueando la tierra, (7)

iluminándola durante la noche<sup>272</sup>. (12)

Adviértase que, en estos tres versos, el último, «Iluminándola durante la noche», tiene no once sino doce sílabas. Sin embargo, este verso de doce sílabas es, en rigor, un endecasílabo, llamado, técnicamente, endecasílabo creciente. Un caso parejo a éste lo hallamos en un poeta de muy buen oído poético. Es uno de los casos que estudia Pedro Henríquez-Ureña. El poeta es nada menos que Juan Ramón Jiménez y la poesía es la llamada «A mi pena»<sup>273</sup>:

Te salía tu aroma por doquiera... (11)

Llegada la última, fuiste la primera... (12)

He dicho antes que el Comala añorado por Doloritas tiene una función estética importante en la novela, función que consiste —174→ en neutralizar poéticamente el horror de un infierno tan caliente que, según Abundio el arriero, parece estar situado «sobre las brasas de la tierra».

Bien: el contraste entre lo paradisiaco y lo infernal ya aparece en los comienzos mismos de la novela. Juan, al llegar al pueblo, pregunta al fantasma de su hermano natural:

-¿Y por qué se ve esto tan triste?

-Son los tiempos, señor, responde el alma en pena del arriero Abundio<sup>274</sup>.

Doloritas, en la página 25, insiste sobre el vivo verdor de la llanura en que blanquea el pueblo de sus sueños:

Llanuras verdes	(5)
Ver subir y bajar el horizonte	(11)
con el viento que mece las espigas,	(11)
el rizar de la tarde con la lluvia	(11)
de triples rizos.	(5)
El color de la tierra,	(7)
el olor de la alfalfa y del pan.	(10)
Un pueblo que huele a - miel recién derramada <sup>275</sup> .	(14)

La primera parte de esta «estrofa» tiene la musicalidad, el movimiento, el *élan*, digamos, de los desahogos líricos propios del verso. Y versos son, versos perfectamente versos, estos endecasílabos acentuados en la sexta sílaba en loor de esas llanuras verdes en que se goza el

Ver subir y bajar el horizonte  
con el viento que mueve las espigas,  
el rizar de la tarde con la lluvia...

## El pueblo visto desde dentro

Hasta aquí hemos visto a Comala desde su contorno, esto es, desde sus verdes llanuras mediodoradas por las espigas. Lo único *interior* que se nos ha hecho sentir, ventear, oler, en el aire puro, es la fragancia del pan recién horneado. Todos los otros olores son olores de la campiña: el de las milpas auriverdes, el de la alfalfa —175→ y hasta el de esa miel recién derramada que parece verterse desde versículos de la Biblia.

Ahora, en la página 59, tendremos la visión del pueblo desde dentro. Una visión que se transmite entre lentos suspiros, en suspirados versos disfrazados de prosa:

Todas las madrugadas	(7)
el pueblo tiembla con el	
paso de las carretas.	(14)

Llegan de todas partes (7)

copeteadas de salitre, (9)

de mazorcas, de yerba, de pará...<sup>276</sup> (11)

Sigamos viendo, oyendo, oliendo las maravillas de este pueblo incomparable:

Rechinan sus ruedas

haciendo vibrar las ventanas,  
despertando a la gente.

Es la misma hora

en que se abren los hornos

y huele a pan recién horneado.

Y de pronto puede tronar el cielo.

Caer la lluvia.

Puede venir la primavera.

Allí te acostumbrarás

a los «derrepentes», mi hijo...<sup>277</sup>

Adviértase que de entre estos últimos once versos sólo dos de ellos se salen del constante esquema de pentasílabos, heptasílabos, enneasílabos, endecasílabos y alejandrinos:

Rechinan sus ruedas (6)

A los «derrepentes», mi hijo (8)

Forzando un poco las cosas, el último de los catorce en virtud de un hiato podría convertirse en endecasílabo. Tocante al único endecasílabo entre los once

y de pronto puede tronar el cielo,

Pertenece al grupo de los no muy comunes con acento en la quinta sílaba. Rubén Darío lo empleó en su «Balada laudatoria a —176→ Don Ramón del Valle Inclán»:

... ha traído *cosas* muy misteriosas

don Ramón María del Valle Inclán.

## Doloritas habla con su hijo

Antes del fin del «Poema» hay un breve diálogo entre Doloritas y su hijo. Éste, aterrizado por el espectáculo del infierno, por las apariciones y desapariciones de espectros, quiere hablar con su madre, hijo único, al fin, el pobre, abandonado por el monstruoso padre, el señor de horca y cuchillo de la Media Luna.

Este breve diálogo es, en rigor, parte del «Poema», aunque en él no aparezca el sentimiento de nostalgia de Doloritas. Pero todo el diálogo *está en verso* y conforme al consabido esquema de versos de cinco, siete, nueve, once, catorce sílabas:

-¿No me oyes? -pregunté en voz baja (9)

Y su voz me respondió: ¿Dónde estás? (11)

-Estoy aquí, en tu pueblo. (7)

Junto a tu gente. ¿No me ves? (9)

-No hijo, no te veo. (7)

Su voz parecía abarcarlo todo. (11)

Se perdía más allá de la tierra<sup>278</sup>. (11)

¿No es asombrosa esta escritura que, al parecer, indeliberadamente, se va deslizando sin desviarse casi nunca por los cauces tradicionales de versos castizos? ¿Cómo explicar esto? ¿Será que la índole de entrañable poeta de Juan Rulfo lleva a éste a expresarse con las formas de rigor en la poesía cuando en sus narraciones en prosa, la Poesía, imperiosa, le exige hablar en el lenguaje congruo con su esencia más pura?

En los siete versos arriba citados, llaman la atención los tres endecasílabos: sus acentos no son los comunes pero tampoco son extraños a la métrica hispánica:

Y su voz me respondió: ¿Dónde estás?

Su voz parecía abarcarlo todo.

Se perdía más *allá* de la tierra.

Y ¡qué sencillo y expresivo es ese verso según el cual la voz de —177→ la madre difunta «parecía abarcarlo todo»! Vemos a Juan Preciado levantar los ojos al cielo para interrogar a su madre. Y Juan, que está en el Infierno, siente que la voz materna llena todo el universo.

Mas sigamos *excavando* en la prosa rulfiana para sacar a luz la última parte de «El poema de Doloritas». Faltan ahora tan sólo diecinueve versos. De éstos únicamente uno de cuatro sílabas escapa al esquema que el oído detecta y el análisis hace evidente:

Allá hallarás mi querencia. El lugar	(11)
que yo quise. Donde los sueños	(9)
me enflaquecieron.	(5)
Mi pueblo, levantado	(7)
sobre la llanura, lleno de árboles	(11)
y de hojas, como una alcancía	(9)
donde hemos guardado nuestros recuerdos.	(11)
Sentirás que uno allí quisiera	(9)
vivir para la eternidad.	(9)
El amanecer; la mañana;	(9)
el mediodía;	(5)
y la noche siempre los mismos	(9)
pero con la diferencia del aire.	(11)
Allí donde el aire cambia el color	(11)
de las cosas;	(4)
donde se ventila la vida	(9)
como si fuera un puro murmurar;	(11)
como si fuera un puro murmullo de la vida <sup>279</sup> .	(14)

¿Cuál es la parte más bella del «Poema»? Difícil decirlo. En todas ellas hay algo conmovedor que es la calidad tonal de la voz de Doloritas. Al revés que tantos poetas de hoy que pugnan por hallar lo más novedoso en lo que mira a oscuridades, cultismos, hermetismos, Rulfo hace hablar a sus personajes-poetas con asombrosa sencillez y claridad. Esta soñadora Doloritas, por ejemplo, ¡qué bien habla; con qué convincente emoción expresa sus sentires cuando, como en la última parte del «Poema» exclama:

... Donde los sueños  
me enflaquecieron;

o cuando, siempre en elogio del Paraíso Perdido, suspira:

Mi pueblo, levantado  
sobre la llanura, lleno de árboles  
y de hojas, como una alcancía  
donde hemos guardado nuestros recuerdos!<sup>280</sup>

## Conclusión

Hemos visto que las nostalgias de Doloritas Preciado de Páramo están en verso; que Rulfo ha insertado en su novela, como armoniosas teselas resonantes de sugestivas melodías en un mosaico, trozos de un poema que poco a poco se va estructurando en su unidad, verso a verso. ¿Por qué este poeta tan original y exquisito que es Juan Rulfo no ha escrito desembozadamente poemas en verso? Sabemos que, en lo que mira a la poesía de su tiempo, Rulfo abomina de la oscuridad, de la ininteligibilidad con que se complacen muchos poetas mexicanos contemporáneos<sup>281</sup>.

Pero como acontece que él es capaz de una poesía auténtica, clara, inteligible, transparente, ¿por qué no ha ejercido una poesía en verso aunque fuera por un designio normativo?

¿Será que no se ha consagrado a la poesía en verso porque el género en auge desde hace décadas -y en pleno *boom* hoy en día-, el género narrativo, para el que tiene singulares dotes, se le ha impuesto como el mejor?

No lo sabemos. Pero el poema en que consisten las nostalgias de Doloritas nos evidencia que Juan Rulfo es un gran poeta en verso, un poeta cuyas cualidades de genuina emoción de musicalidad y transparencia expresiva, deberían servir de ejemplo a muchos que conciben la poesía como un juego malabar (apenas interesante y nuevo) para algunos *iniciados*.

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)



**editorial del cardo**